

cia; tan difíciles de gobernar eran estas tropas, propensas á la indisciplina, y sedientas á todas horas de pillaje.

Después de la toma de Nivelles se entregaron sin resistencia á las armas españolas varios pueblos poco considerables de la provincia de Haynaut; mas la plaza de Phelipeville sufrió un sitio. Era esta fortaleza de nueva construcción, y estaba situada en una llanura sin punto alguno que la dominase. Para concluir mas pronto el sitio, acudió don Juan al recurso de la mina, y sin esperar que pasasen adelante los preparativos del ataque, se rindió Phelipeville con muy buenas condiciones, sin que se tocase á las haciendas, y mucho menos á las vidas. Las tropas de la guarnición que quisieron pasar al servicio de España, recibieron tres meses de paga. A los otros se les dió la libertad, con la condición de no tomar las armas contra el rey durante aquella guerra.

Progresaba como se vé la causa de don Juan con la ocupación de tantos puntos, aunque de poca importancia los mas de ellos. Mas nada se operaba en grande. Si se destacaban del grueso del ejército varios trozos que se emplearon en sitios, no habia apariencias de otra nueva batalla, ni que don Juan penetrase de una vez en el Bravante. Por mas que el espíritu de partido desfigure los hechos, á los resultados definitivos hay que acudir para penetrarse de su grave importancia. No se puede dar mucha á estas varias ventajas por parte de don Juan, cuando no se atrevia á caer sobre Bruselas, sobre todo, hallándose esta capital abandonada por sus gobernantes. Los mismos enemigos zaherian á las tropas del rey, por dirigir sus armas á pueblos de poca consideración, á plazas de un orden subalterno.

Sin duda pensaba don Juan de Austria en empresas de mayor cuantía. Mas decaia visiblemente su salud, que no habia sido buena desde su presentación en los Países-Bajos. Habiéndose agravado su enfermedad, se vió al fin obligado á retirarse á Namur con objeto de curarse; mas por fortuna suya y la de las armas del rey, tenia en el

príncipe de Parma un hombre de capacidad y esfuerzo que podia muy bien suplir sus veces. A éste dió, pues, la comisión de apoderarse de la provincia de Limburgo, que aunque pequeña en extensión, era importante por su localidad, hallándose en la frontera de Alemania, por donde recibian refuerzos los estados. Se encargó Alejandro, gozoso de esta empresa, pues queria disipar el ruido de que las tropas españolas no se empleaban mas que en pequeñeces. Se encaminó, pues, con sus tropas á la ciudad de Limburgo, capital de la provincia, plaza fuerte sobre una eminencia, y situada de manera que podia recibir socorro sin impedírselo sus sitiadores. Marchaba en la vanguardia de Alejandro el capitán Niño, con algunas compañías de arcabuceros, siguiéndole Camilo del Monte con caballería. Iba detrás la infantería, mandada por el príncipe en persona. Recorrió éste los alrededores de la plaza, y eligió una eminencia que la dominaba, para construir sus baterías. Entre ésta y Limburgo mediaba un valle, donde mandó abrir trincheras; y como el terreno era en extremo pedregoso, suplió lo que no podia cavar la hazada, con faginas y cestones. Antes de pasar seriamente á las hostilidades, intimó Alejandro la rendición, prometiendo las condiciones mas favorables si le abrian sus puertas, volviendo á la obediencia de su soberano. No dieron los habitantes respuesta formal, y después de una hora de deliberación, dijeron al mensajero que volviese al día siguiente, que entonces responderian de un modo decisivo. Cuando regresó el mensajero cumplido el plazo, pidieron de término otro día; mas indignado el general español de que tratasen de entretenerle, aguardando sin duda algun refuerzo, mandó disparar su artillería y acercarse al mismo tiempo sus tropas á la plaza. Hicieron su efecto los cañones de Farnesio: cuando los habitantes vieron derribada una porción considerable de sus muros, tuvieron miedo y trataron de rendirse. Para aplacar mas el ánimo del sitiador, se presentaron en lo alto de las murallas las mujeres y los ni-

ños. Les dió Farnesio solamente una hora para resolverse, y antes de cumplirse el término se abrieron las puertas de la plaza. No recibieron los habitantes daño alguno, y se respetaron las haciendas lo mismo que las vidas. La guarnición, en número de mil hombres, pasó al servicio del rey de España; mas el gobernador, que era alemán, tomó pasaporte para su país, despedido por el poco valor desplegado por los soldados y los habitantes. Se condujeron en efecto éstos blandamente, pues el asalto ofrecía aún muchísimas dificultades, y la plaza tenía fortificaciones interiores con suficiente artillería y víveres para prolongar el sitio. Así lo reconoció Alejandro luego que se vió dentro, doble motivo para que se regocijase de un triunfo que tan poco había costado.

Con la caída de Limburgo se atemorizaron las demas plazas de la provincia de este nombre. No sucedió lo mismo con Dalem, que dió apariencias de no querer sufrir la suerte de las otras. Destacó Alejandro á Camilo del Monte para que le pusiese sitio, dándole para ello algunas compañías de infantería, pues la plaza parecía de poquísima importancia. Cedió pronto ésta á las armas españolas; mas no el fuerte contiguo á la plaza, que estaba guarnecido por tropas holandesas, todas á devoción del príncipe de Orange. Despues de una fuerte resistencia, fué tomado por asalto, y esto produjo la matanza y el pillaje que van siempre en seguida de estos lances.

Produjo sensación en Amberes la ocupacion de esta provincia de Limburgo. Mas el príncipe de Orange, atento siempre á las cosas de Holanda y demas provincias del Norte, donde tenia puestas sus miras ulteriores, resarcíó en parte estas perdidas con la toma de la plaza de Amsterdam, donde habia hecho anteriormente algunas tentativas sin provecho. Por esta vez la estrechó tan de cerca, que tuvo que rendirse con buenas condiciones, habiendo sido respetadas las personas y las vidas. Hizo el príncipe de Orange de Amsterdam el principal asiento de su dominacion y futuro poderío, guarneciéndola con

tropas enteramente suyas, é introduciendo en ella ministros protestantes que le aseguraron de las disposiciones pacíficas de sus vecinos.

Se volvió á hablar nuevamente de convenios y de paces. Volvieron á Madrid mensajeros que se habian mandado por una y otra parte, produciendo quejas y pidiendo desagravios, mas con el objeto principal de sondear el ánimo del rey de España. Parecía, segun las relaciones de estos, que Felipe se hallaba entonces en las disposiciones mas pacíficas, que tenia la mejor voluntad de perdonar la disidencia de los estados, con tal que reconociesen de lleno su autoridad y se adhiriesen con sinceridad á la religion católica; que retiraria del país, puesto que era objeto de sus repugnancias, á su hermano don Juan de Austria, dejándoles en su lugar al príncipe de Parma, etc., etc. Las cosas manifestaban el color mas apacible; pero por ninguna de ambas partes habia buena fé ni deseo sincero de entrar en ajustes amistosos. Desconfiaba el rey de los estados, y por su carácter y experiencia no concebía el que pudiese ejercer jamás su autoridad en los Países-Bajos sin el terror debido á la fuerza de las armas. Si sospechaba el rey de España de los estados, no sospechaban éstos menos de las intenciones del monarca. Habian sido ya demasiado grandes los agravios de una y otra parte, y se hallaban en demasiada contradicción los intereses, para que volviese á reinar entre ellos una buena inteligencia. No quería convenio alguno el príncipe de Orange, resuelto ya á ejercer el poder de soberano, puesto que tantos riesgos é inconvenientes tenia para él la condicion de súbdito. Que estos sentimientos pacíficos estaban asimismo lejos del corazón de don Juan de Austria, lo prueba muy bien su salida precipitada de Bruselas y su ocupacion del castillo de Namur, sin haberse especificado bien qué agravios habia recibido su autoridad por parte de los estados, sin haberse alegado otra cosa que asechanzas contra su persona por algunos individuos. Si pasamos al modo de pensar en

esta parte de Alejandro, le hallaremos con humos aún mas belicosos que los de su tío y el mismo príncipe de Orange, pero manifestados con mas franqueza, como un jóven á quien adulaba la gloria de las armas. Cuando se le instó á que influyese en el ánimo de don Juan de Austria para que admitiese las treguas propuestas por el de Orange, se negó á ello redondamente, diciendo que jamás aconsejaria semejante ajuste; y al oír que el rey de España tenia intencion de dejarle por gobernador, declaró que no aceptaria jamás el gobierno de Flandes, si la concordia habia de ser con las condiciones que se habian concertado antes con don Juan de Austria. Véase lo que en carta particular decia á su padre Octavio: «Seria esto arrojarne en las manos de estos hombres »como en prisiones, y obligarme á una vida cautiva, »ociosa y sin gloria, y por lo menos, para mi condicion, »sumamente desgraciada; porque yo siento en mí cierta »violencia natural que me arrastra á merecer la inmortalidad de la fama con la gloria de las armas, y confio en »el favor divino que este empleo ha de labrar en mí algo »que exceda á la comun esfera. Y digo esto con mas »libertad, porque aun al mismo rey juzgo le conviniese »el atemperarse á la inclinacion de cada uno de los suyos »en las ocupaciones que les encarga.»

No necesita esta carta comentarios. Ofrecian los disturbios de Flandes un cebo á la ambicion, un teatro de hazañas y proezas militares, en que los unos labraban su fortuna y otros alcanzaban la fama de grandes capitanes. Lo que deseaba cada uno de los dos partidos, era que recayese sobre el otro la odiosidad de la agresion, y darse el aire de atacado y ofendido.

Por aquel tiempo llegaron al campo de don Juan algunos personajes de España, entre ellos Pedro de Toledo, hijo de don García, virey de Sicilia; don Lope de Figueroa, maestro de campo de uno de los tercios españoles, que traía consigo las guarniciones veteranas de Italia; don Alfonso de Leyva, hijo de don Sancho, virey

de Navarra, con una escogida compañía de nobles españoles, en que era su hermano don Sancho de Leyva teniente, y alférez don Diego Hurtado de Mendoza, tío por parte de madre del mismo don Alfonso. Habia vuelto poco antes Gabriel Serveloni, muy querido de don Juan de Austria, famoso por su larga experiencia en el servicio, y no menos ejemplar en las artes de la disciplina, capitaneando un tercio de dos mil italianos, levantado en el estado de Milan por disposicion de don Juan de Austria. Pero lo que mas agradó al ejército, fué la vuelta del presidente Viglio desde España, trayendo consignados para el austriaco trescientos mil escudos de oro cada mes, para mantener treinta mil infantes y seis mil caballos, manifestando de parte del rey que era todo lo que podia y queria dar para aquella guerra, sin que se pensase que enviaria mas sumas. Se mandó al príncipe de Parma que recibiese doce mil escudos de oro cada año por su sueldo, y dos mil para su comitiva y soldados de su escolta. Confirmó el rey en el puesto de general de caballería á Antonio de Gonzaga, con sueldo de quinientos escudos de oro cada mes. Señaló á Cristóbal de Mondragon y á Francisco Verdugo, maestros de campo españoles, ochocientos escudos al primero, quinientos al segundo, y trescientos á Antonio Olivera, comisario general de la caballería. Envió de donativo al conde Carlos de Mansfeld, diez y seis mil escudos de oro, é hizo algunos otros presentes á los capitanes que mas se habian distinguido. Entramos en estos pormenores para hacer ver las cuantiosas sumas, á lo menos para aquel tiempo, que gastaba el rey de España en la guerra de los Países-Bajos. Y no hay que olvidar que otras mas considerables expendia á la sazón en Francia, donde era el alma, como hemos hecho ya ver y diremos en seguida, de una faccion considerable y poderosa que servia á sus designios.

Supo por aquel mismo tiempo don Juan de Austria, que se estaban haciendo en Italia nuevas levadas para los Países-Bajos, y que habian sido nombrados por el go-

bernador de Milan para maestros de campo de esta gente, Alfonso, conde de Somaya, milanés; Vicente Carrasa, prior de Hungría, napolitano; Pirro Malvezi, bolonés, y Estéban Mutini, romano; todos igualmente distinguidos por su nacimiento, como por su pericia en el arte de la guerra. Ofendió mucho á don Juan de Austria que los ministros del rey se metiesen á elegir los cabos de su ejército, por lo que escribió á España que para nada necesitaba las tropas de Italia, pues ya tenía designados jefes antiguos y experimentados para que trajesen de Alemania algunos regimientos, parte de los cuales habian ya llegado; y que no bastando la suma recibida para mantener las tropas que se le iban allegando, mal podria hacerlo con las que se alistaban en Italia.

Se deshicieron en efecto, dichas levas; mas nada sobraba para alentar al campo real y reforzarle suficientemente contra los preparativos que hacian sus contrarios. Por todas partes llegaban noticias que se habia formado un ejército en Alemania por disposicion de los estados, y que habiendo pasado el Mosa, se habia acuartelado cerca de Nimega: que el duque de Anjou estaba en marcha para Mons con sus tropas francesas, y que habia tomado ya el camino de Nimega Juan Casimiro con las suyas, que eran numerosas. Trató el austriaco de salirles al encuentro antes que se reuniesen todos, para poderlos batir mas fácilmente; mas por los descuidos y dilaciones, muchas veces necesarias, se verificó esta union del ejército de los estados con las tropas auxiliares en Malinas, primero que don Juan pudiese recoger las tropas de las guarniciones y pasar revista al todo de su ejército. Trató sin embargo de buscar el ejército contrario, y para esto llamó á consejo de guerra á los principales capitanes. Causó admiracion el que mostrándose casi todos ellos inclinados al proyecto de don Juan, difiriese de opinion el de Parma, tan conocido por la impetuosidad natural que le arrastraba á los peligros. Manifestó por lo mismo Alejandro los motivos en que se funda-

ba su dictámen tan inesperado, y eran, que el enemigo, poderoso por su número, por el sitio y la comodidad de recibir socorro, seguro en sus cuarteles, suficientemente atrincherado, y puesto á cubierto por las selvas vecinas en que se apoyaba, era dueño de aceptar ó rehusar batalla: que en este último caso no tendrian ellos ningun modo de sacarle á la pelea, y que seria por lo mismo inútil hacer ostentacion del ejército despues de haber llegado con tanta molestia, dejando las plazas, con tan poca guarnicion, expuestas á la invasion de los franceses: que si el no aceptar la batalla se podia considerar como una confesion tácita de su inferioridad, se podia tambien presentar bajo el aspecto contrario, el desaire de los que habian salido á buscarlos y se habian vuelto sin lograr su objeto: que en caso de no aceptar la batalla, molestarían á las tropas reales en su retirada; y en el salir al campo, todas las probabilidades estaban de la parte de los enemigos: que si éstos llevaban lo peor, aún les quedaban mas tropas auxiliares para resarcir la pérdida, en lugar de que hallándose en el camino todas las fuerzas del rey, quedaria destinado el ejército á padecer una derrota; y que si éstas perdian la batalla, aun siendo éste vencido, quedaria tan debilitado que apenas podria hacer frente á los franceses cuando se le presentasen.

Parecia especioso y fundado este dictámen de Alejandro; mas á excepcion de Servaloni, no fué aprobado por ninguno. Consideraba el maestro de campo general conde de Mansfeld, que seria sumamente decoroso á las armas del rey atacar á los rebeldes en sus propias madrigueras, añadiendo otros capitanes lo útil que seria aprovechar el entusiasmo en que se hallaban entonces las tropas reales, y cuyo ardor se redoblaría al ver que se tomaba la ofensiva. Tambien contaban con las desavenencias de algunos cabos principales del ejército contrario, y recordaban que se habia ganado en parte la batalla de Gemblours, por semillas de discordia que en su campo germinaban.

Adoptada esta resoluclon, se enviaron á los capitanes de caballeria Mucio Pagani y Amador de la Abadía, para que fuesen á reconocer los cuarteles enemigos y sitio mas á propósito para la batalla. Volvieron diciendo que habían sentado sus reales no lejos de Malinas; que estaban cubiertos por la espalda con la aldea de Rimentant, con selvas y bosques por entrambos flancos, y con una trinchera de frente que tocaba á los dos lados; que delante de la trinchera se hallaba un campo espacioso de batalla, pero que para atacar la aldea no habia mas camino que uno estrecho cerca del bosque de la mano derecha, y solo capaz de seis ó siete hombres de frente. Con estas noticias se movió el austriaco, habiendo mandado antes algun refuerzo á las plazas fronterizas de Francia. A los dos dias se presentó en la llanura que estaba en frente de la trinchera de los enemigos; y al fin de llamarlos á la pelea, dispuso para ello la batalla, disponiendo sus tropas, que se componian de doce mil infantes y cinco mil caballos. Pidió á don Juan el príncipe Alejandro que se le permitiera ir delante de los maestros de campo, en la primera fila del escuadron de los españoles, á quienes tocaba dar principio á la batalla; dando á entender que si habia aconsejado antes no moverse, como tocaba á un prudente capitan, queria dar ahora ejemplo de valor como un soldado. Se resistió don Juan á complacerle, haciéndole ver el mucho riesgo que correria; mas hubo de condescender, pareciéndole por otra parte que ganaria mucha ventaja un escuadron en que fuese su persona.

Estaba en tren de pelea el ejército español, mas se hizo sordo el enemigo al obstinado llamamiento que por tres horas le hicieron las cajas, los clarines y trompetas de los nuestros. Empeñado don Juan en sacarle al campo, mandó á Alfonso de Leyva, que se hallaba entonces al frente de un escuadron ligero, que se dirigiese con su gente á la entrada del bosque con objeto de atraer á los enemigos, mas sin internarse mucho ni empeñar batalla, mandando al mismo tiempo al marqués del Monte

con tres compañías, para que le cubriese las espaldas. Envió asimismo el general enemigo al coronel inglés Norris al encuentro de Leyva, sin mas objeto que el de escaramucear, ordenándole no se alejasen de los reales. Desempeñaron los dos capitanes mutuamente su comision; mas percibiendo el conde de Egmont que el inglés perdía mucha gente, marchó en su auxilio, lo que hizo avanzarse por su lado al marqués del Monte que se hallaba á retaguardia de Alfonso Leyva. Otros dos refuerzos recibieron estas tropas de vanguardia: por parte del ejército de los estados, el coronel inglés Roberto Stuart, y por la del ejército real Fernando de Toledo, con el escuadron de caballeria que mandaba. Juzgando el austriaco que todo el ejército enemigo saldria de sus reales, y que se empezaria el combate que tanto deseaba, se acercó mas hácia ellos para recibirlos con mayor ventaja. Entonces el príncipe de Parma se apeó del caballo, y cogiendo una pica se colocó, segun lo habia solicitado, entre los alféreces de primera fila, debiendo pelear asi como simple soldado delante de los maestros de campo.

Mas el enemigo no hizo movimiento alguno fuera de sus reales. La vanguardia de los españoles, alentada en el calor de la refriega con el terreno que ganaba, creyendo que seria seguida del grueso del ejército, continuó su marcha, llegando hasta los mismos reales enemigos. No aguardaron éstos el choque, y se retiraron sobre la aldea que estaba á sus espaldas. Tampoco se hicieron firmes en esta posicion, y despues de incendiar algunas de las casas, emprendieron su retirada, pero sin desordenarse. Continuó el alcance la vanguardia del ejército español, y cuando se creian ya seguros de la victoria, percibieron, aunque ya muy tarde, que los verdaderos reales enemigos no eran los que acababan de tomar, sino los que vieron á su frente en un campo cerca de Malinas, defendidos por la derecha al abrigo del rio de Mer, y por la izquierda por una selva ó bosque inaccesible. Ya habia concebido sospechas el príncipe de Parma que la re-

tirada de los enemigos era fingida, con objeto de atraer á los nuestros á terreno mas desventajoso, puesto que en los primeros reales no habian hecho defensa sus cañones como que no tenian en ellos ninguna bateria. Asi lo hizo presente á don Juan de Austria, quien concibió la misma idea, lamentándose aunque tarde de su fatal error, en esperar en aquel sitio la batalla. Mientras tanto la vanguardia española, separada del cuerpo del ejército, se vió en la mas dura situacion, teniendo que combatir sola en un campo raso delante de los reales enemigos, que le hacian grandes estragos con su artillería. Combatieron, sin embargo, con el mayor denuedo sin querer volver pié atrás, enviando mensajeros á don Juan de Austria para que sin pérdida de tiempo les enviase algun socorro. Dudó don Juan si accederia á sus ruegos, temiendo enflaquecer mucho el grueso de su ejército; mas tuvo que ceder á lo duro de las circunstancias, por salvar de una cierta ruina á los que, si habian obrado con imprudencia, peleaban al menos con un arrojo y valentía, que lavaban su gran falta. Marchó Alejandro en su socorro, seguido de Gonzaga con su caballería, mandando á éste que entretuviese al enemigo, auxiliando la retirada de la infantería, á la que indicó ciertos senderos estrechos y quebrados que, ocupados una vez, la ponian al abrigo de ser ya perseguida. Cumplió Gonzaga la orden con exactitud; la infantería española pudo, al abrigo de este refuerzo, batirse en retirada y dejar el campo llano, tomando los senderos indicados. Tambien efectuó la suya Gonzaga, despues de ver en salvo los infantes; y aunque se podia temer que el enemigo siguiese á los que abandonaban el campo de batalla, cesó con este movimiento la refriega, recogiendo la vanguardia española al grueso del ejército, que tambien emprendió la retirada.

Tal fué el resultado del encuentro que tanto deseaba don Juan de Austria. No se concibe cómo dejó de seguir el movimiento de su vanguardia, cuando se apoderó ésta del campamento enemigo, y puesto que se le rehusa-

ba la batalla delante de los reales fingidos, no fué á buscarla al frente de los verdaderos. Tal vez estaria el segundo campo mejor fortificado que el primero, ó demasiado avanzada ya la hora para empeñar seriamente una refriega. Tampoco aparece claro cómo los enemigos no siguieron el alcance sobre los que se retiraban, y no en grande orden como puede suponerse. Mas volvemos á indicar que se debe desconfiar mucho de estas relaciones de batallas, que cada uno describe sobre informes donde domina tantas veces el error, y muchas veces el espíritu de pasion ó de partido. En rigor ninguno de los dos ejércitos se pudo considerar como vencedor en este encuentro: no el enemigo, que permaneció en sus reales, ni mucho menos el austriaco, que se retiró sin haber salido con su intento. Fué casi igual la pérdida por entrambas partes, siendo algo mayor el número de muertos y prisioneros de los españoles. De que combatieron estos con mucho arrojo, depone su mismo avance hasta los reales, y el haber continuado peleando sin volver pié atrás, separados del grueso del ejército, y puestos á las baterías enemigas. Se citan entre los nombres que mas se distinguieron, el del capitán Perrotto, Annibal, Gonzaga, Flaminio Delfino, Juan Manrique, Lepido de Romanis, Laurencio Tuchi, Nicolás Cesis, que alternativamente desempeñaron las funciones de capitanes y soldados.

Dió parte don Juan de esta accion, en que no le cupo tanta gloria como en la anterior de Gemblours, pero donde lucieron igualmente la pericia y el valor del príncipe Alejandro, tanto por haber disuadido el movimiento emprendido por el general español, como por su prontitud en reparar las faltas cometidas.

Se aumentó con la refriega que acabamos de describir, la fuerza moral de los estados. Crecia el número de sus partidarios, y cada vez se engrosaban mas sus fuerzas. Disminuia en la misma proporcion el poder de don Juan, y á tal punto vacilaban algunas plazas que estaban á su devocion, que tanto por temor de traicio-